

Señala el neurólogo Antonio Damasio que en la base de cada pensamiento racional hay una emoción. Y hoy, cada una de mis palabras estará surcada por esa emoción que es, sobre todo, el ámbito que nos permite relacionarnos de un modo profundo y esencial. Memoria y emoción se fecundan mutuamente hasta explicar en buena medida quiénes somos.

Ángeles Porres Ortún forma parte de mi vida desde hace tantos años que soy incapaz de recordar cualquier tiempo sin que ella esté presente como profesora, compañera o amiga. Por todo ello, contestar su discurso de ingreso no sólo es un honor, sino también un regalo que me permite volver a expresar mis sentimientos de admiración y cariño, de valoración profesional y afectiva.

En 1999, Miguel Frechilla me recibió en esta Real Academia. Hoy, Ángeles Porres le sucede y soy yo quien desempeña su papel en aquel día inolvidable. Muy pocas personas he conocido tan inteligentes y apasionadas como Frechilla, tan dispuestas a compartir sus conocimientos con una actitud llena de rigor y alegría que considero indisociables a su manera de acercarse al estudio de la música. El propósito de una enseñanza integral que Miguel Frechilla expresaba en sus clases, artículos y conferencias está disuelto, a través de muy diversos cauces, en muchas de las propuestas metodológicas expuestas en el discurso de Ángeles Porres, que recorre la importancia otorgada a la música en el devenir de la historia, uniéndola y relacionándola con otras disciplinas en un arco que sufre tensiones abundantes y complejas como ocurre en ese constante diálogo entre un contenido concreto y su inserción en un época determinada. Junto a ello, esa voluntad irrenunciable de acercar el hecho musical a todos, no únicamente a compositores, intérpretes o investigadores. Y hacerlo, además, explorando aquellos recursos que la práctica y el aprendizaje de la música aportan a una visión genérica y transversal de la persona, objetivo común de todos los métodos que Ángeles Porres ha mostrado a través de una reflexión contrastada con su propia experiencia. Esto le permite recorrer los factores pedagógicos, artísticos y sociales que justifican el desarrollo de sus marcos, atendiendo a las posibilidades concretas, más allá de anhelos utópicos que pueden servir para avanzar hacia ellos sabiendo que son inalcanzables, pero que se convierten en frustración y fracaso cuando, al plantearse desde fuera de la competencia técnica, son utilizados como criterios evaluadores.

El permanente desarrollo de todas las capacidades definidas a las que se quiere dar sentido configura un amplísimo itinerario que precisa del ejemplo y la palabra: el maestro emplea siempre imágenes, metáforas para iluminar un deseo que no podrá nunca expresarse verbalmente en su totalidad. Daniel Barenboim ha destacado que “la percepción racional y emocional no sólo no están en conflicto entre ellas, sino que cada una guía a la otra para alcanzar un equilibrio de comprensión en el que el intelecto determina la validez de la reacción intuitiva y el elemento emocional proporciona a lo racional la sensibilidad que humaniza el conjunto”. Aunque Barenboim se refiere aquí a la composición y la interpretación, la propia línea de los sistemas analizados determina la validez de este planteamiento en el campo educativo, convirtiéndose ya en imprescindible para sostener la sucesión de verbos que ha reflejado nuestra nueva compañera en su discurso: escuchar, dialogar, compartir y respetar.

Esta serie podría ser la sustancia que uniera la actitud y el compromiso de Ángeles Porres, nacida en Valladolid, con ascendencia familiar en La Rioja. Comenzó sus estudios musicales a los siete años de edad, primero en el colegio y, posteriormente, con María Luisa Velasco, actividad que simultaneaba con las enseñanzas oficiales en el Conservatorio de Música de Valladolid, con profesores como Felisa Ceña, Julián García Blanco, Miguel Frechilla y Pedro Zuloaga.

Cursó los estudios de Magisterio en la Escuela Normal de Valladolid. En 1965 ingresó en el Cuerpo de Maestros Nacionales y ejerció la docencia en diferentes localidades vallisoletanas hasta que, en septiembre de 1977 inicia su trabajo como profesora de

Solfeo en el Conservatorio Profesional de Música, centro del que será directora durante catorce años, consiguiendo importantes objetivos y demostrando una capacidad que es fruto de una dedicación intensa, basada en una gran sensibilidad pedagógica y humana, en esa empatía que brota instantáneamente y abre senderos que suman y enriquecen cada proyecto que aborda.

La Escuela Universitaria “Fray Luis de León” de Valladolid es otro centro de enorme importancia para Ángeles Porres. Allí comenzó a formar musicalmente a futuros maestros en 1986. Para ello fue determinante la ampliación de esos estudios específicos en Hungría, Francia, Austria..., donde pudo profundizar en los métodos pedagógicos de Kodály, Willems y Orff.

A una presencia continua en la vida cultural de Valladolid -desde el propio conservatorio, en el Comité Organizador y la Secretaría del Premio Frechilla-Zuloaga que lleva a cabo la Diputación Provincial de Valladolid o como presidente de la Asociación de “Amigos del Teatro Calderón- añade Ángeles Porres a su trayectoria un buen número de años dedicados también a la educación y la cultura, esta vez desde la acción política: en 2003 fue nombrada concejal del Área de Educación, Cultura, Deporte y Bienestar Social y, en 2007, concejal del Área de Educación, Deportes y Participación Ciudadana. En ambas ocasiones compatibilizó esas tareas con las de Primer Teniente de Alcalde. Desde 2011 es Procuradora en las Cortes de Castilla y León y, actualmente, es portavoz de la Comisión de Cultura y vocal en las comisiones de Educación, Hacienda y Procuradores.

Quizá el retrato que la define con más exactitud es el que le hizo nuestra admirada maestra e insustituible amiga Encarnación López de Arenosa, cuando escribió que su gesto es, igual que treinta años atrás, “comprensivo, sencillo, acogedor”, para concluir que “su capacidad para el ejercicio crítico siempre está tamizada por la voluntad de entender al otro”.

Ángeles Porres Ortún -mi querida Angelines-, ha estado esperándome en muchos lugares, extendiendo ante mí las generosas manos de la cordialidad y la delicadeza. Por ello, al darle la bienvenida en nombre de esta Real Academia de Bellas Artes, siento mezcladas la ilusión y la sorpresa, al ser yo quien la está esperando, por primera vez. Desde este momento forma parte de nuestra Real Corporación una gran profesora, una mujer de amplias inquietudes y con una larga trayectoria como dinamizadora cultural. Unas cualidades extraordinarias que están sostenidas, alentadas por una bondad sincera, por un contagioso espíritu que favorece la cooperación y el entendimiento, en la certeza de que el saber y el amor tienen por delante un camino infinito.